Año VII — Cartagena 1 de Marzo de 1914 — Núm. 125

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Iglesia quiere y pide que se aunen los pensamientos y as fuerzas de todas las clases para poner remedio, el mejor que sea posible á las necesidades de los obreros, sobre todo con instituciones Católico-Sociales permanentes y Sindicatos.
LEÓN XIII, Encíclica Rerum novarum y Pío X encíclica, 11-VI-905, etc.

Pax Vobis
(OBRAS, NO PALABRAS)
CON CENSURA ECLESIÁSTICA

«Todas nuestras Encíclicas responden á procurarel bienestar del pueblo y á que éste aprenda sus derechos y deberes y á dirigirse á sí mismo.
León XIII al General de los franciscanos, Carta 25 Noviembre de 1898.

ÓRGANO :-: QUINCENAL
del Círculo-Academia Católica de Cuestiones Sociales y de sus Sindicatos Obreros

PARA LOS OBREROS
SE REPARTE GRATUITAMENTE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: P. MARIANO SANZ, 12
Horas: de 5 á 11 noche y de 10 mañana á 11 noche los días festivos

PARA LOS BIENHECHORES
100 ejemplares, 2 pesetas.—50 ídem 1'25
25 ídem 0'75.—12 ídem 0'50.—5 ídem 0'25

Suicidios o asesinatos

Este invierno se han muerto de hambre y de frío algunos hermanos nuestros.

Todos los días se extinguen y se mueren un poco centenares y millares de ellos por extenuación, por asfixia en sus inmundos zaquizamís, por un trabajo agotante, por un desamparo inhumano.

Todas esas muertes fulminantes o cruelmente lentas, mientras no se pruebe que son suicidios, son asesinatos.

Esas víctimas tienen derecho a la vida, y nosotros no hemos sabido o no hemos querido respetarles ese derecho. Esos pobres tenían con que vivir, puesto que Dios ha dado el planeta y lo que hay en él, no para que vivan unos pocos, sino para que vivan todos y, por consiguiente, para que vivan ellos. Nosotros hemos retenido la parte de ellos, y al retenerla los hemos exterminado.

Ya sé que todos y cada uno de nosotros diremos o podremos decir:

—Yo no asesiné; mis manos están limpias de esa culpa; yo no conozco a esas víctimas.

Pero las víctimas podrían decir, a su vez:

—¿Es verdad o no, que yo he muerto o estoy muriendo aterido, hambriento, abrumado por cargas que no puedo llevar, sin aire, sin pan, sin abrigo, abandonado?

¿Me ha criado Dios para abandonarme así o me proveyó de medios para vivir?

¿Tengo o no tengo yo derecho a vivir?

Y si lo tengo, alguien tiene el deber de respetármelo y de hacérmelo efectivo.

Si los hombres han andado tan solícitos en asegurar, clavetear, remachar y hacer eficaz, intangible y casi sagrado el derecho de propiedad, ¿por qué no discurrir y escogitar algún pequeño medio de asegurar la eficacia de nuestro derecho a la vida que todos dicen que vale más, pero que todos han vigilado menos?

A las víctimas que así hablaran, ¿qué les contestaríamos?

* * *

Ese derecho suyo no es fantástico, no es una quimera, no es una sombra con que haya querido burlarlos la Providencia. Y lo sería si ellos tuvieran el derecho a la vida y no hubiera nadie que pudiera y debiera garantizárseles.

Si, alguien hay que tiene ese deber y el abandono de ese deber es el puñal que los asesina.

El deber de asistir y hacer vivir a nuestros semejantes, lo tiene el individuo y lo tiene la sociedad.

Para el individuo, ese deber tiene su razón de ser en un principio: en el de la fraternidad humana; y en precepto divino: en aquel con que Jesús nos dijo: «Lo supérfluo dadlo a los pobres».

Para la sociedad, tiene su fundamento en un principio que puede formularse así: «De lo que haya en la tierra han de vivir todos los humanos», y en el hecho de que no todos tienen que trabajar, que en algunos están exentos de ese deber por motivos fisiológicos, como los niños o los ancianos, o por motivos patológicos, como los enfermos y los inválidos, o por motivos económicos, es decir, porque queriendo trabajar, la mala organización económica, de la que sólo la sociedad es responsable, no les deja instrumentos de trabajo ni medios, por consiguiente, de bastarse a sí mismos.

* * *

Todo esto es algo más que una piadosa y alta especulación doctrinal; todo esto son normas de acción, fuentes de deberes, algo que debe pasar a la vida, que debe convertirse en hechos y traducirse en costumbres y en leyes.

El respeto al derecho a la vida, que es hoy un problema pavoroso y que parece insoluble, dejaría de serlo si nosotros y nuestras familias y nuestros Municipios y nuestros Estados, oyeran la voz de Cristo y atendieran las viejas, las centenarias enseñanzas del catolicismo sobre el particular.

¿Por qué no sacar de cuando en cuando, al aire de la calle esas enseñanzas, aunque en esta sociedad excesivamente contemporizadora con tantas debilidades parezcan inoportunas y duras? En vez de callarlas por no molestar o por no escandalizar, convendría gritarlas, decirlas en pregón y *supertesta* hasta vulgarizarse.

Muchos no cumplen grandes deberes porque los desconocen, porque no se les dice dónde y cuándo se les debe decir. Muchas veces se presentan en Consejos y Parlamentos iniciativas inspiradas en un principio de clarividente justicia y las presentan partidos radicales o en nombre de tendencias sociales anticristianas siendo ecos inconfundibles del Evangelio.

Y pues el periodista católico ejerce un apostolado y es su periódico púlpito y tribuna, hablemos desde ella, repitiendo esos ecos augustos.

Severino Aznar

Del tiempo

Rezar y trabajar

A.....

Pasó ya el triduo de la risa loca
Un puñado de polvo ceniciento
Cayó sobre las frentes de los hombres
Despertando en sus almas el recuerdo
De su origen humilde, de la tierra
De do salió su cuerpo.
Se impone la oración, la penitencia,
El gran depurativo de los pueblos,
¡Rezar y trabajar, es nuestro oficio!
Dios así lo ha dispuesto.
Todo pasa en el mundo, todo muere
Al destructor empuje de los tiempos.
Todo pasa, menos el santo aroma
De una oración que se dirige al Cielo
Desde un alma sencilla, un alma ruda
Que canta entre las breñas de su cuerpo.
La ceniza bendita,
Que lanza a nuestros rostros con misterio
La mano de la Iglesia; es de esta vida
Un retrato acabado, un monumento.
Es la llave feliz con que se cierran
Las puertas del placer, del desenfreno.
Es el ruido mortal con que se arruinan
Los tiranos poderes del infierno.
Es el primer renglón de la obra inmensa
De la vida cristiana; claro espejo
Donde el pobre creyente se consuela,
Donde el malo se mira y se hace bueno.
¡Es tiempo de oración, de penitencia!
¡El gran depurativo de los pueblos!

Fabricio.

El origen de todas las malas tentaciones es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios.

Gersón.

¡Oh civilización sin Evangelio!

¡He ahí lo que eres!

Mientras Roma no conoció el Evangelio, fue bárbara a pesar de sus leyes, su filosofía y sus grandezas.

Mientras América no fue iluminada por su luz, el reino de Motezuma, que era un emporio de riqueza, fue a la vez un emporio de brutalidad.

Mientras todos los pueblos de Europa tanto antiguos como modernos han permanecido alejados del Evangelio de Jesucristo, los crímenes, las injusticias y los horrores no han podido medirse ni contarse.

¿Qué razón hay pues para que cierta gente muestre tanto empeño en arrojar otra vez al Evangelio de la sociedad?

—¡Oh! preguntárselo a su corazón y él os contestará mejor que su lengua:

El Evangelio predica la humildad, y ellos son soberbios.

El Evangelio predica la pureza, y ellos aman la sensualidad.

El Evangelio predica la justicia, y ellos apetecen el pillage.

En una palabra, el Evangelio predica la *abnegación*, y ellos quieren la *libertad*.

Ese es el secreto de la guerra al Evangelio *La Libertad*.

Pero no la libertad de lo bueno, de lo justo, de lo puro, de lo santo, que esa todos la queremos; sinó la *libertad* de lo malo, de lo injusto, de lo impuro, de lo criminal.

La *libertad* del bien y la del mal son dos libertades que se estorban y rabian de verse juntas.

Algunos han querido unirlas, pero en vano, porque la una es siempre obstáculo de la otra, y la *libertad* no quiere obstáculos.

Ahora bien, ¿cual de las dos conviene al pueblo?

¡Ah, pobre pueblo! si pudiera yo mostrarte el abismo donde quieren conducirte los que te predican contra el Evangelio, quedarías helado de espanto.

El pueblo sin Evangelio ha sido siempre la víctima de todas las tiranías; porque donde no hay *abnegación*, reina el más fuerte, y el pueblo es y será siempre la expresión de la flaqueza.

Claxeraco.